



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

RAISSA MARITAIN

PARIS

Este contacto con la poesía y con las obras de imaginación hizo que muy pronto encontrara demasiado "cotidiana", hablando como Laforgue, nuestra vida diaria. Sentí entonces un fenómeno nuevo para mí: empezaba a fastidiarme. Todas las mañanas, al despertar, me encontraba muy desgraciada y la idea de tener que reiniciar la rutina escolar de la víspera me hacía suspirar. Este fastidio era vital y profundo y lo tuve por espacio de largos años. Creo que se debía a la abundancia de conocimientos nuevos referentes a la vida humana que había adquirido en tan poco tiempo. Estas riquezas presionaban mi corazón y él era tan pequeñito todavía para contenerlas o responderles. Pero ellas permanecían allí y me abrumaban y descoloraban mi vida de niña.

Muy pronto se precisó otra causa de inquietud moral: a los catorce años, más o menos, empecé a hacerme preguntas respecto a Dios. Ahora que sabía, o por lo menos podía suponerlo, hasta qué punto los hombres son desgraciados o malvados, me preguntaba si realmente Dios existía. Recuerdo muy bien que razonaba así: Si Dios existe, es infinitamente bueno y poderoso. Pero si es bueno, ¿por qué permite el sufrimiento? y si es todopoderoso, ¿por qué tolera a los malvados? Entonces no es ni todopoderoso ni infinitamente bueno, luego no existe.

Esta conclusión que debía desesperarme después, quedaba en la región de las ideas más bien como una proposición que como algo definitivo. Idea inquietante que en realidad yo rechazaba. Me conservaba instintivamente, me preservaba de la desesperación. Aguardaba, tenía esperanzas en la solución de la ciencia que me habían prometido, de los sabios que más tarde serían mis maestros. Seguía, sin embargo, rogando en secreto mañana y tarde a este Dios que se borraba de mi espíritu, pero que mi corazón no quería abandonar.

Un gran drama empezaba, y en este drama yo estaba sola. Mis padres no me sirvieron de ayuda. Habían abandonado casi todas sus prácticas religiosas y la influencia de mis abuelos estaba tan lejana. Sin embargo, conservaban su fe en Dios; no creían que su hija pudiera perderla y vivían con tal convicción.

En la escuela no había tampoco enseñanza religiosa. Todas las niñas hacían su primera comunión. Aquel día venían con gravedad y de blanco para repartir imágenes piadosas entre sus compañeras. Y las maestras, y las alumnas las acogían con alegría, las abrazaban y las felicitaban. Pero yo veía en eso un rito y una costumbre, no tenía idea alguna del Sacramento, y nadie pensaba en hablarme en la creencia sin duda de que yo, como las demás, estaba instruida en aquellas cosas. Despreciaba las imágenes piadosas cu-

yo sentido; no lograba captar, y permanecía en mi total ignorancia del Cristianismo. Había leído, sin embargo, "Polyeucte", muchas veces dije y repetí las célebres "Stances", y apreciaba esta obra más que todas las de Corneille: ¿Por qué esa lectura no había aclarado en parte mis dudas? Seguramente todo eso quedó para mí en la región de esas bellas "historias" cuyo secreto poseen los grandes escritores y cuya conexión con la verdad y con la vida yo no alcanzaba a ver.

Con mis compañeras de clase sólo tenía relaciones de camaradería. Vera y yo no teníamos amistad más que con una de esas niñas, pero una amistad tan sincera que el tiempo no logró destruir. Se llamaba Jeanne Bouvray. Fina y delicada, sufría mucho a causa del carácter duro y autoritario de su madre. Todos los días al salir de clases la llevábamos a tomar té a nuestra casa. Hablábamos de los acontecimientos de la escuela, de nuestro trabajo, me confiaba sus penas de niña, yo, en cambio, no me desahogaba jamás, me quedaba sola con mis tormentos. Orgullo o reserva, no lo sé, la verdad es que siempre he pensado que nadie en el mundo es realmente digno de las confidencias ajenas.

Jeanne Bouvray es la tercera y la última de mis amigos de la infancia. La primera y la más querida era Clara Bestchinska, la amiga de mis dos años. La segunda Titicheva, pequeñito, rusa; típica de la cual sólo recuerdo el rostro.

En los momentos en que escribo estas líneas, ¿dónde está mi querida Jeanne Bouvray? ¿Se encuentra en París o en territorio no ocupado? En alguna parte de Francia tiene que estar y no sé nada de ella, ni de su marido ni de sus hijos, ni de la medida de sus sufrimientos.

*

Después de las obras completas de Víctor Hugo, mi padre que siempre trataba de procurarnos un poco de alegría, compró un piano. Acabábamos de cambiarnos y ocupábamos un departamento lo suficientemente amplio para contenerlo. De tiempo atrás íbamos con mi hermanita a estudiar música a casa de unos amigos de nuestros padres, pero eso no nos permitía ejercitarnos mucho. La adquisición de un piano fué celebrada en nuestro hogar como algo absolutamente necesario, como un gran acontecimiento.

Ello indicaba, por otra parte, que prosperábamos en cierto modo. Mi padre se había hecho de amigos en la colonia rusa, y había logrado establecer otra vez un pequeño taller. Y desde que tuvo un poco de dinero volvió a sus antiguos hábitos de generosidad y de imprevisión absoluta que nos hacían una vida mezclada de alegrías y de angustias.

Empezó por regalarle joyas a mamá, le encantaba verla bonita y adornada. Mamá, a su vez, también empezó a hacernos bonitos vestidos. Luego me compró libros, que eran toda mi alegría. Amobló después nuestro nuevo departamento cuyo lujo era en verdad el piano. También dió dinero a sus clientes, pobres estudiantes rusos, y luego debió pedir él mismo para normalizar los daños que todo eso producía en su presupuesto.

Con frecuencia estuvimos al borde de la catástrofe. Pasábamos por las peores inquietudes; pero al fin del mes todo se arreglaba como por encanto. ¡Cruel encanto! ¡A cuántos afanes habíamos tenido que recurrir! Mi padre se agotaba. Pero apenas salvados los obstáculos, creíase de nuevo rico, todo volvía a empezar, compraba joyas a su mujer, ayudaba a sus clientes, incapaz de negar ayuda al que fuera, o pareciera serlo, más necesitado que él. Así aprendí cuántos esfuerzos significa un poco de dinero, y cuántos sufrimientos el no tenerlo. Y cuando algunos años más tarde ví a León Bloy en la prisión de la pobreza y de la miseria, ¡qué fácil me fué comprender y condolerme! Ello significó para mí el gran privilegio de ser acogida y considerada por él como perteneciente a su mundo doloroso, al mundo de aquellos que no miran la pobreza desde afuera.

*

El piano trajo consigo una poderosa diversión con que disipar mi naciente melancolía y mis preocupaciones religiosas. Me dediqué de lleno a la música y muy pronto avancé de tal manera, que el profesor me invitó a abandonar mis estudios para entregarme enteramente a ella. Mis padres no se habrían opuesto. Fué una verdadera tentación, que no duró mucho. Mi deseo de saber se impuso con todas sus fuerzas. Tenía el sentimiento inexpresable de que la música no me abandonaría jamás; y tenía razón: la música ha

sido para mí un compañero siempre presente, siempre listo para hacerme gozar, para permitirme entrar en el secreto de ese lenguaje sin palabras que por la sola proporción del elemento sonoro sabe darnos tan altos placeres, contarnos tantas cosas, y persuadir, emocionar y deslumbrar los corazones. Pero ante todo era necesario asegurar lo esencial: poseer la verdad sobre Dios, sobre mí misma, y sobre el mundo. Sabía que sería la base de mi vida; no podía renunciar a descubrirla sin hacer desaparecer la tierra bajo mis pies. Tal era mi instinto profundo. Y un penoso trabajo debía prepararme para recibir los difíciles secretos del espíritu. Lo demás, pensaba, vendrá a su tiempo, la música, la dulzura del mundo, la alegría de la vida.

No sabía entonces, qué inmensa labor exigía la música y que para tal labor no encontraría ya el tiempo necesario.

Tampoco sabía mi infancia a qué renunciaba exactamente; porque ignoraba entonces la mayor parte de las grandes obras musicales, en esa época de mis catorce años no íbamos nunca a los conciertos. Sólo conocía las pocas sonatinas y sonatas de Kuhlau, de Mozart y de Beethoven que estaba estudiando. Eso bastaba para crear el problema, pero no para lograr lanzarme más allá de mis fuerzas.

A los quince años, cuando ya había obtenido mi diploma de estudio, abandoné la escuela donde nada tenía que hacer. Ahora había que pensar en el bachillerato.

Como no quería volver a clases, decidieron que preparara mis exámenes en casa con la ayuda de un profesor.

Uno vez más cambiamos de domicilio y de la ribera derecha pasamos a la izquierda, a fin de acercarnos al barrio latino y a la colonia rusa donde mis padres tenían a todos sus amigos y relaciones.

Allí todos tuvimos la alegría de recibir nuestras respectivas cartas de naturalización francesa. Nunca ya me sentí extranjera en Francia, y me uní a ese país como a una patria de elección, la más hermosa que puede tenerse en el mundo.

Mi hermana, cuya delicada salud no le permitía estudios continuos, no volvió tampoco a clases. Libre de la escuela me dediqué al trabajo con nuevos impulsos. Preparé sola el programa de la primera parte del bachillerato, a excepción de la literatura de la cual me hizo clases un joven estudiante de Derecho llamado Cazeneuve.

Me presenté a examen con licencia de edad, y mi profesor, admirado de mi éxito, me hizo una declaración, la primera que recibía, solicitándome para el matrimonio. Reaccioné sorprendida y hasta molesta, y rechacé la mano de mi profesor. Me invadió el sentimiento de una gran responsabilidad y me sentí de pronto despojada de la larga seguridad de mi infancia. La preocupación de mis estudios me hizo olvidar rápidamente este incidente.

Ese año inauguró para mí el período de las grandes lecturas, y de las grandes discusiones, conocí a los autores rusos y franceses del siglo XIX. Muchos rusos frecuentaban la casa de mis padres, refugiados políticos o simples estudiantes. Venían por las tardes y las tertulias se prolongaban hasta muy tarde; asuntos sociales y religiosos discutíanse allí con verdadera pasión. Toda esa juventud hacía el proceso de Dios y del mundo.

Sus argumentos no eran de un nivel filosófico muy elevado, más tarde lo comprendí. Su filosofía era simplista. Y debo decir que los años no han logrado profundizarla ni siquiera en la mente de los grandes revolucionarios rusos. Todos se han detenido en Darwin y en Herbert Spencer, y de la filosofía alemana no han tomado más de lo que les convenía para apuntalar su marxismo. Eran generosos y tenían una pasión comunicativa de la justicia, pero el ateísmo era su dogma fundamental, algo así como el corazón de su propio corazón. Esto me había impresionado de tal manera, que algunos años después, al estallar la Revolución de Octubre de 1917, sentí inmediatamente su excepcional gravedad. Y al mismo tiempo que un gran observador como Jacques Bainville escribía "sólo se trata de un revolución palaciega", yo sostenía delante de mi marido y de nuestros amigos que por su ateísmo fanático los revolucionarios rusos llegarían hasta un trastorno radical en la estructura de la vida humano. Para estar persuadido bastaba el hecho de haberles conocido un poco.

De los que venían entonces a nuestra casa no recuerdo nombre alguno. Todos eran mayores que yo, frecuentaban la Sorbonne o la Facultad de Medicina y por eso les respetaba. Poco a poco me inclinaba a creerles y día a día aumentaban mi tristeza y el tedio de vivir sin que el trabajo ni las distracciones lograran disiparlos.

Empezamos con mi hermana a ir a los Conciertos Colonne y a los Lamoureux. Me puse a descifrar mucha música de piano y canto. Con frecuencia también nuestros padres nos llevaban a las veladas organizadas por la colonia rusa y después de una parte musical o literaria, bailábamos hasta el amanecer. Siempre observamos en nuestro modo de vestir una cándida sencillez. ¡Nada de trajes de baile! Yo venía con mi vestido de la tarde, cualquiera que fuera. En una ocasión este vestido era de paño con encajes de terciopelo y de cuello subido. Bailé como nunca, pero estuve tan acalorada que no lo olvidaré jamás.

Nada, sin embargo, parecía colmar el vacío que se ahondaba en mi corazón. Estaba en espera de un gran acontecimiento, de una plenitud perfecta. Aun habitaba allí la esperanza, pero con llama vacilante.

Hallazgo de la Filosofía

La filosofía llegó a mi alma con los rasgos característicos del Dr. Charles Rappoport, encargado por mis padres de la preparación de mi segundo examen de bachillerato, del examen de filosofía.

El Dr. Rappoport, de nariz chata, de barba larga y suelta extendida por sobre todo el rostro, era ya conocido como técnico marxista y colaborador de Jaurés. Pero no es eso lo que me interesaba. Para mí el Dr. Rappoport, planeaba en el cielo metafísico del tercer grado de abstracción.

Deseo dejar constancia aquí de mi testimonio para él. Era un hombre muy bueno y muy desinteresado. Creía sinceramente en la verdad marxista y en el advenimiento de una era de libertad y de felicidad universal. Más tarde se adhirió al comunismo, pero al darse cuenta de la verdadera naturaleza del totalitarismo soviético, no trepidó en romper con él, aun antes de los famosos "procesos de Moscú" en que la mayor parte de los grandes autores de la Revolución de 1917 parecían buscar ellos mismos, por medio de confesiones increíbles, un veredicto de muerte.

Durante todo un año el Dr. Charles Rappoport me hizo un curso de historia de la filosofía. Admirador de Kant, nunca hizo nada para que yo prefiriera la doctrina de aquel filósofo a cualquier otro sistema. Yo, por lo demás, no tenía prisa en declararme partidaria de tal o cual doctrina. Esperaba todavía, y me reservaba. Cuánto me alegraba que otros fuera de mí hubieran buscado la verdad, consagrando su vida a tan noble empresa. ¡Cuántos tesoros habíanse revelado a la actividad de la inteligencia! ¡También yo pensaba poder encontrar algún día el mío, ¡una verdad absoluta!, ¡una verdad incommovible! Conocería el sentido de la vida, y la verdad sobre Dios. Pero creía que ninguna certeza de este orden podía obtenerse sin la prueba y la aprobación de la ciencia. Porque mi profesor no me había hablado en realidad de la jerarquía de los conocimientos. En mis "grados del saber" ponía en primer plano una ciencia física dominante que medía y pesaba todas las cosas y daba la clave de todos los enigmas del universo.

Creía que todo, —filosofía y religión, conducta de la vida privada, estructura de las sociedades— dependía de los descubrimientos de las ciencias naturales y físicas.

Esta persuasión debíase al ambiente intelectual en que vivía. Todos esos estudiantes y doctores que nos visitaban pensaban así. Eran cientistas, deterministas, positivistas, materialistas, y yo también lo era con ellos. O más bien, con aquel sentimiento de espera que no me abandonaba y que me convertía en provisoria todas las cosas, les creía, sin prestar aún a sus tesis una adhesión reflexiva.